

ACTA
DE LA SESIÓN PÚBLICA
CELEBRADA POR LA
ACADEMIA DE BELLAS ARTES
DE BARCELONA

EL DIA 29 DE DICIEMBRE DE 1882

DEDICADA Á LA MEMORIA DE

MARIANO FORTANY

BARCELONA
TIPO-LITOGRAFÍA DE CELESTINO VERDAGUER
CALLES DE LLULL Y CERDEÑA, (ENSANCHE)
1883

RES/
1585

Universitat Autònoma de Barcelona
Servei de Biblioteques



1501148448

ACTA

En la ciudad de Barcelona, á los 29 días del mes de diciembre de 1882, en el salón del piso principal de la Casa Lonja, celebró la Academia de Bellas Artes la sesión pública dedicada á la memoria del eminente pintor catalán Mariano Fortuny, acto que no había podido celebrarse anteriormente por causa de la acuñación de la medalla conmemorativa de dicho artista, acordada por la Excma. Diputación de la provincia. Presidió la sesión el Excelentísimo Sr. D. Ramón de Sentmenat y Despujol, marqués de Ciutadilla, Presidente de la Corporación, quien tenía á su derecha al diputado provincial Iltre. Sr. D. Hermenegildo Monfredi y al Excmo. Sr. brigadier D. Joaquin de Ahumada que representaba al Capitán general del distrito; y á su izquierda al Iltre. teniente de Alcalde Sr. D. Juan Coll y Pujol, al diputado provincial Iltre. Sr. D. Joaquín Badia y Andreu y al Excmo. Sr. marqués de Camps, presidente de la Junta de Agricultura, Industria y Comercio. Ocupaban además los sillones del entarimado catedráticos de la Universidad y Escuelas, representantes de diversas corporaciones y los individuos de la Academia de Bellas Artes, Sres. D. Carlos de Fontcuberta y de Perramón, D. Luis Rigalt, don Claudio Lorenzale, D. Elías Rogent, Excmo. Sr. D. Manuel Milá y Fontanals, D. Jerónimo Faraudo, D. Mariano Aguiló, D. Francisco Miquel y Badia, don Juan Torras, D. José de Martí y de Cardenas, D. Antonio Caba, D. Leandro Serrallach, D. José Oriol Mestres, D. José Masriera, D. Felipe Bertrán y de Amat y D. Andrés de Ferrán y de Dumont. En la testera del salón se hallaba el retrato de S. M. el Rey y en uno de los lados el medallón de Fortuny, modelado por D. Rosendo Nobas, sobre fondo de terciopelo carmesí rodeado de laurel y palmas.

Abrió la sesión el señor marqués de Ciutadilla, que pronunció el siguiente

DISCURSO

EL cargo de presidente de la Academia Provincial de Bellas Artes que tanto me honra y me lisonjea, cargo que debo á la benevolencia de S. M. el Rey (q. D. g.) y á la inmerecida designación de mis dignos compañeros, me impone el deber de dirigiros aunque sean brevísimas palabras, en esta sesión solemne que dedica la Academia á la memoria del insigne varón nacido en esta noble tierra, cuyo genio admira el mundo, que es la gloria de estas escuelas de Bellas Artes, una de las glorias más puras de Cataluña, como lo son siempre las glorias que proporciona el arte; el malogrado é inspirado pintor don Mariano Fortuny.

Lejana parece ya la época en que la muerte con implacable saña cortó en edad temprana la vida de tan admirado artista, y no es culpa de la Academia si no se ha celebrado antes esta solemnidad; más la acuñación de la medalla dedicada á perpetuar la memoria de Fortuny, costeada por la Excma. Diputación Provincial y otras causas que sería largo enumerar, no han permitido que tuviera lugar hasta el día de hoy.

La Academia ha creído deber asociar el nombre de Fortuny á la distribución de premios á los alumnos más aventajados que frecuentan estas escuelas de Bellas Artes, porque en ellas comenzó Fortuny sus estudios aprendiendo los principios del arte que su genio debía elevar hasta sus más sublimes ideales.

Lo que ha sido Fortuny, cual el mérito de sus obras, otros labios más autorizados os lo dirán; no quiero entrar en un terreno que no es el mío, solo os manifestaré, que si no hubiesen existido estas clases en las cuales bajo la dirección de ilustrados profesores, os dedicáis, jóvenes alumnos, al estudio de lo bello, quizás faltaría á la patria esta gloria que estamos celebrando, quizás el genio de Fortuny quedara oscurecido sin haber podido desarrollarse, porque le hubieran faltado los principios del arte, que permiten al que siente arder en su alma el fuego sagrado que casi deifica al ser humano, ese destello divino que el Supremo Hacedor concede á escasísimas individualidades, prescindir más tarde de todo espíritu de escuela, y dejar vagar su imaginación por los inmensos espacios que descubre su ardiente fantasía, celestes mansiones que ilumina la belleza con todo el esplendor de sus misteriosos rayos. Inspírase así el genio que en pos de la belleza suspira, que con amor la estudia y la refleja en sus creaciones con aquel ideal, con aquella poesía que admiran los que las comprenden, los que las sienten, extasiándose ante el poder del artista « que nos revela lo infinito en lo finito, » (como dice Schelling), y que interpreta con sublime maestría á Dios y á la Naturaleza, haciendo vibrar con la contemplación de sus obras, las fibras más delicadas de nuestro sér, embargando nuestra mente con indecible arrobamiento, agitando nuestra alma siempre ávida de lo bello como una celeste melodía, y elevando nuestro espíritu á los divinos esplendores donde reside la belleza eterna, haciéndonos sentir lo que en vano la palabra trataría de expresar.

Tal es, señores, el admirable, el inmenso poder del genio. Adoremus á la Bondad infinita, que con tal don enaltece á la humana criatura.

Pocos son en verdad los que llegan á estas alturas, y para lograrlo es necesario el estudio, es indispensable copiar escogidos modelos, para poder más tarde imitar á la naturaleza y saberla interpretar después.

El pintor nace pintor, el escultor escultor, el poeta poeta, es cierto, pero si desde los albores de la juventud; no se dirige bien el talento, muchas veces se bastardea por completo, y el genio mismo puede seguir senderos extraviados.

En efecto, señores, ¿qué es el genio sin el buen gusto?

Un autor que cual pocos ha sentido la belleza, el poético cantor del « Genio del Cristianismo, » Chateaubriand dice: « El genio crea, el buen gusto conserva; el gusto es el buen sentido del genio, y sin él, el genio no es más que una sublime locura. »

Y si el genio es únicamente un don de la Providencia, el gusto se forma, el buen gusto se adquiere con el estudio de buenos modelos, y con las lecciones de ilustrados profesores, como lo son los que están al frente de estas escuelas de Bellas Artes.

Mucho podría extenderme sobre esta materia, pero no quiero abusar de vuestra benévola atención, y comprendo que estaréis impacientes por oír la elegante y castiza palabra del ilustrado académico que tiene á su cargo la memoria sobre Fortuny.

Permitidme, sin embargo, cumplir un deber de gratitud dando las gracias á la digna Corporación á la que todo lo deben las escuelas de Bellas Artes; á la Excm. Diputación Provincial de Barcelona que con una generosidad nunca desmentida, á pesar de las variaciones políticas por las que ha atravesado nuestro país, ha sufragado siempre los gastos que ocasiona la enseñanza de estas escuelas, y al Excmo. Ayuntamiento que contribuye al pago de los estudios menores.

Y cuando á estas ilustradas corporaciones me dirijo, lo hago como representantes también de las que las han precedido, pues todas tienen igual derecho á nuestra gratitud.

Gracias á su protección se admiten gratuitamente en estas escuelas á todos los alumnos que se presenten, facilitándoles cuanto necesitan para el estudio del arte desde sus principios hasta la enseñanza superior de la arquitectura, de la pintura, de la escultura, del grabado y del dibujo aplicado á la industria. A los más aventajados proporcionan también las mencionadas corporaciones los medios suficientes para que puedan inspirarse en la gran ciudad donde todo, hasta el polvo de sus gigantescas ruinas, respira el arte, que encierra en sus muros los tesoros del mundo cristiano y del mundo pagano, que fué la heredera de aquel pueblo que cual ninguno comprendió la belleza, que veía nacer bajo su hermoso cielo á los genios inmortales que á pesar de

los siglos transcurridos, alumbran y alumbrarán siempre al universo con el eterno esplendor de su eterna aureola, y ante cuyas estatuas y monumentos se postran millones de artistas, confusos, extasiados, embargados por la grandeza, la vida, la gracia que respiran aquellas admirables creaciones; joyas incomparables, inspiradas todas por el espíritu de poesía que dominó en la patria del arte y que hacen exclamar á Schlegel embelesado ante la perfección y la armonía de las obras maestras de los escultores griegos, «que parecía estaban sentados en el consejo de los dioses reunidos para la formación del hombre.»

Dígnese la Excma. Diputación Provincial de Barcelona; dígnese su Excmo. Ayuntamiento aceptar el público homenaje de agradecimiento que tengo la honra de ofrecerles en nombre de la Academia, en nombre de los señores profesores, en nombre de los alumnos de estas escuelas, que no olvidarán nunca, lo mucho que deben á la inagotable generosidad de tan distinguidas Corporaciones.

Acto seguido, el señor académico secretario general D. Andrés de Ferrán leyó la siguiente

MEMORIA

EXCMO. SEÑOR:

SEÑORES:

No son para ponderadas sino para sentidas las satisfacciones que nos grangean actos como el que hoy celebramos, en que las autoridades, las corporaciones, los representantes de todos los estamentos, de todas las clases sociales se complacen en honrar con su presencia esta casa, morada antigua de las Bellas Artes catalanas, cuna de muchos y preclaros genios. Pluguiera al Cielo que no fuesen la mayor parte de las veces transitorios esos placeres, estrellas fugaces que con harta frecuencia cruzan en la noche de los tiempos. Porque si nos concentramos en nuestro espíritu, no ya fantaseando, sino para escudriñar la esencia, la verdad que encierran las cosas que nos rodean ¿qué veremos?... ¡Ay, señores! Que como el globo terrestre que volteando en el espacio, sigue su curso inmutable, aun entre las sacudidas que le origina el choque de encontrados elementos; como el río que tímido arroyo al nacer, convertido luego en impetuoso torrente arroja al mar los diques que se le opusieron al paso; así el hombre en el decurso de su existencia, individual ó colectivamente considerado, llora sus quebrantos ó ensalza sus proezas, formando coro con todos los seres creados, que gimen ó entonan sus alegres cánticos, según sea el momento en que la mano de la Providencia Divina les humilla ó les levanta.

Así también nuestra Academia, viene hoy á referiros sus pesares y sus mo-

tivos de satisfacción. Sus pesares, que pesar es y profundísimo, la separación postrera del amigo del alma, el desaparecimiento de un compañero leal en las luchas de la vida, la pérdida de una causa justa. Sus motivos de satisfacción, que no dejan de serlo y muy eficaces, los que envuelven los sucesos que en los anales de las corporaciones se señalan como fruto de la laboriosidad y del empeño con que un día y otro día se acumulan sus esfuerzos, marchando en pos de la obtención de bellos y honrados ideales.

¿Qué mucho, pues, señores, que al daros cuenta de las tareas de la Corporación hayan de andar por todo extremo revueltos y mezclados en mi reseña esos encontrados sentimientos? Y ¿cómo dejar de tributar, ante todo, un homenaje de gratitud y de respeto á los que fueron nuestros constantes co-operadores, sin romper la soldadura con que la Sabiduría increada y el corazón del hombre unieron la cadena de cuyos extremos penden los mundos de lo perecedero y lo eterno?

Sí, señores, una extensa y sombría nube pasó en el cielo sobre nosotros, prenuncio de la honda pena que nos había de causar la pérdida en el profesorado de nuestras Escuelas de los señores D. Jaime Serra y Gibert y D. Federico Trias y Planas á quienes tantos servicios debía la enseñanza por su nunca desmentido celo, ilustración y especiales conocimientos; y en el seno del Cuerpo Académico, de los señores D. Joaquin de Cabanyes, D. José Coll y Vehí, D. Pelegrín Clavé y D. Jose de Manjarrés.

Era el señor de Cabanyes uno de esos tipos perfectos del cumplido caballero y del pundonoroso militar que van por desgracia desapareciendo paulatinamente de la escena contemporánea. No conocía la ociosidad, y sin profesar el arte, era artista por sentimiento, por intuición, si vale así decirlo, dedicando á la pintura todos los ratos de solaz compatibles con el desempeño del empleo de coronel del Real Cuerpo de Artillería, y marcándose las numerosas obras que dejó á su familia y á sus amigos con ese sello de espontaneidad y de distinción que acompaña siempre en todas sus maneras de ser á la persona bien nacida.

Profesor eminente, director del Instituto de segunda enseñanza en sus últimos días, literato de primera fila desde sus mocedades, manejaba el señor Coll y Vehí el idioma castellano con especial galanura y con castizo lenguaje. Escribió varias obras, entre las cuales las de carácter didáctico se mantendrán siempre en las escuelas, y dió á conocer en distintos trabajos que, además de sentir el arte de un modo elevado, poseía en él un criterio sólido que aplicó muchas veces con singular acierto y muy especialmente en las tareas de esta Corporación.

Concienzudo artista el señor Clavé, de lo que dió constantes pruebas en el decurso de su brillante carrera, se dedicó á los retratos al pastel, notables por su color y verdad, hasta que deseando espaciar sus vuelos á más elevadas esferas, pudo obtener por sus merecimientos en concurso abierto por nuestra antigua Junta de Comercio la plaza de pensionado por la pintura en Roma, donde se distinguió de manera que para poderla juzgar, bastan, señores, los elocuentes testimonios de las obras desde allí remitidas que figuran como preciada joya entre los lienzos con que se visten las paredes de esta casa. Llevóle su primer triunfo á nuevas lides, ciñendo luégo el laurel ganado en ejercicios de oposición para ser portador á remotas playas del buen nombre de Cataluña. Condecorado allí con el título de director de pintura en la Academia de Bellas Artes de Méjico que desempeñó por espacio de veinte y cinco años, ejecutó muchísimos é importantes trabajos, entre los cuales descuella la pintura de la gran cúpula de la iglesia de los P.P. Jesuitas en dicha ciudad. Sensible es que Clavé haya desaparecido para el arte y para sus compratricios que habían tenido ocasión de verle rejuvenecer en sus últimos años, entregándose á sus primitivas aficiones, á la música, que bien puede decirse despertó en él el sentimiento de lo bello.

Por singular coincidencia se habían manifestado en el señor de Manjarrés iguales ó parecidos gustos ya en su juventud, siendo también la música la que engendró sus primeras inclinaciones al arte. Hijo de una antigua é ilustre familia, esmeradamente educado y frecuentando la buena sociedad reunida en torno del hogar doméstico, vistió luégo el manto y el tricornio en las Universidades de Cervera y de Huesca cursando la carrera de jurisprudencia y sobresaliendo después en ella, aunque durante poco tiempo, porque prefería á las controversias del foro la apacibilidad de los estudios artísticos, entre los cuales descuellan los que hizo sobre la educación artística y literaria de la mujer. Académico de la de Bellas Artes de Barcelona en 1852; catedrático por oposición de Teoría é Historia de nuestra Escuela en 1857; autor de una obra de texto de esta asignatura en 1859, que mejoró y refundió en 1874; premiado en 1866 por una Memoria sobre la Teoría estética de la Arquitectura é individuo correspondiente de la Academia de S. Fernando; Académico de número de la Florentina de las Artes del Dibujo y de la de Bellas Artes de Milán desde 1876; encargado, como individuo de la Comisión provincial de Monumentos, del Museo de Antigüedades de santa Agueda de esta ciudad, cuyas colecciones fueron por él instaladas, fomentadas y catalogadas con notable pericia y general aplauso; vino á sorprenderle la muerte en 19 de

agosto de 1880, entre mil proyectos elaborados con aquel espíritu investigador hijo de su rectísimo criterio, cuando acababa de ser nombrado, á propuesta de esta Academia, Director de la Escuela de Bellas Artes que de la misma depende. Así se apagó aquella luz que brillaba todavía en toda su intensidad y con ella la esperanza que guardaban sus amigos de seguir admirando en Manjarrés al distinguido literato, al erudito historiador de las artes, al hombre probo, laborioso, activo y ameno en todos los actos de su vida de sociedad y de familia, por la seriedad y consecuencia que en ellos demostró constantemente.

Por fortuna, y levantando el velo que enlutaba el corazón de la Academia, vinieron á llenar los vacíos que entre nosotros habían dejado estas y otras anteriores pérdidas, personas cuyas cualidades se revelan á la sola enunciación de los nombres de los señores marqués de Ciudadilla, nuestro dignísimo presidente, canónigo don Juan Codina, don Agapito Vallmitjana, don Leandro Serrallach, don Juan Vicens, don José Oriol Mestres, don José Masriera, don Felipe Bertrán y don Antonio de Barnola, como Académicos; y los señores don Benito Mercader y don Manuel Bartolomé Cosío, como profesores. A tiempo han llegado para aumentar el número de hitos que nos señalan los nuevos senderos que han de conducirnos á la meta deseada.

Para conseguirlo la Academia, en cuanto de ella depende, llama y franquea anualmente sus puertas á la juventud estudiosa que, inspirándose en honrosos ejemplos, se apresura á inscribirse en los libros de matrícula, llenos ya apenas iniciada, sin que pueda continuar abierta á causa de lo exíguo de los locales destinados á clases donde les sea permitido á los alumnos colocarse holgadamente. Esto nos obligó á recurrir, como siempre, á la Excma. Diputación Provincial, celosa protectora, más aun, madre amantísima de las Bellas Artes patrias, por la grande influencia que en su superior y recto criterio reconoce tienen en un país esencialmente industrial como el nuestro; para que se sirviera prohiar los propósitos de la Academia, estableciendo, según lo ha hecho ya, Escuelas de Dibujo llamadas de Distrito en puntos opuestos de la ciudad, por cuyo medio se facilita la concurrencia de los alumnos procedentes de aquellos barrios extremos y de los pueblos á ellos inmediatos. Pero no era esto bastante: á más alto grado alcanzaban las aspiraciones de la Academia, y el Excmo. Cuerpo Provincial se ha complacido en satisfacerlas de lleno. La mujer, hermana de las flores, no debe consentir que sea arrancada de sus sienes la corona que de ellas ya al nacer las ciñe. En otras naciones, especialmente en Alemania é Inglaterra, y aun en nuestra misma

España, se cuenta con escuelas para la enseñanza de niñas y adultas al objeto de difundir el gusto artístico que constituye uno de los más preciados ornamentos del sexo bello. Y ¿podía Barcelona, que marcha constantemente al frente de los adelantos materiales de nuestro suelo, carecer por más tiempo de este elemento esencial de la enseñanza pública? No, señores; y por ende ha querido la Excma. Diputación dotarla con una de dichas escuelas, bajo la dependencia, como las demás, de esta Academia, á cuya propuesta en terna nombró profesor á don Juan Vacarissas y ayudanta á la señorita doña Francisca García y Ortiz que habían acreditado, en concurso abierto al efecto, sus aptitudes y especiales antecedentes. Acto meritorio y de gran trascendencia, puesto que en la nueva Escuela podrán formarse maestras de dibujo que tanta falta hacen particularmente para la enseñanza doméstica; se aleccionarán algunas jóvenes para dedicarse á trabajos ahora encomendados á solo hombres; se adquirirán los conocimientos necesarios y prácticas artísticas para poder luchar con los extranjeros en ciertas industrias indumentarias; y se contribuirá, por último, al desenvolvimiento y difusión de aficiones estéticas tan convenientes en una época en que, diríase, que en general solo se plantean los problemas de la vida en términos utilitarios; dementándose así las inteligencias y debilitándose los caracteres, según con frase gráfica lo demuestra uno de nuestros críticos contemporáneos. Honor, pues, á la Excma. Diputación que nada omite, que nada perdona, que no pierde medio alguno que tienda á lograr que la instrucción pública se eleve aquí al rango á que está destinada.

Correspondiendo la Academia á tan levantadas miras, y con motivo de la presentación á las Cortes de ciertas bases para la reforma de la Ley de Instrucción pública, tuvo la honra de remitir al Gobierno de S. M., á los señores Senadores y Diputados con quienes estaba en mejores relaciones, á la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, á todas las Academias sus hermanas, á la misma Diputación y al Excmo. Ayuntamiento de Barcelona, un trabajo impreso en el cual iban contenidos varios reparos acerca de las modificaciones que podrían introducirse en el ramo; extensa é importantísima alegación de motivos que engrandece sobre manera la valía de sus autores, y en que se tuvo presente, en primer término la legislación de Bellas Artes y de su enseñanza; y en segundo lugar, los concienzudos dictámenes emitidos sobre ello por las Escuelas Oficial de Bellas Artes y provincial de Arquitectura, dividiéndose el plan general en los más culminantes puntos que debían tenerse en cuenta al legislarse acerca de tan interesantísima materia. De esperar es, que para cuando los asuntos de alta política permitan al Gobierno y á las Cór-

tes ocuparse de ella, no será relegado al olvido, en parte al menos, ese que podría ser resultado fecundo de los desvelos de la Academia en pro de los intereses que le están encomendados.

Y aquí, señores, permítaseme que en nombre de la Corporación pague un tributo de gratitud á los meritísimos señores directores de las Escuelas y á sus dignos profesores, por la constante cooperación que le prestan, por su ilustrado celo en el desempeño de sus respectivas cátedras, por el afán que ponen en el adelantamiento de sus discípulos, hasta el punto de haber establecido, de espontánea voluntad, una clase extraordinaria de Dibujo general artístico en que todos turnan de día, á fin de extender la enseñanza á mayor número de alumnos, y de facilitar el estudio á los que se encuentran en la imposibilidad de asistir en horas de noche. Bien merecía esta conducta, á todas luces ejemplar, los plácemes de la Dirección general de Instrucción pública, del Cuerpo provincial y de la Academia, que se los dieron muy sinceros; esmerándose ésta como lo ha hecho siempre, en la defensa de sus legítimos derechos y en recomendarles á la benevolencia del Gobierno de S. M. para que obtuvieran los ascensos en la carrera que de justicia les corresponden.

A su vez, las Secciones de que la Corporación se compone, han emulado en el despacho de multitud de expedientes que les fueron confiados, presentando luminosos dictámenes é informes sobre asuntos de interés público ó privado, sobre programas de oposición ó de concurso á pensiones ó plazas sostenidas en Roma por la Provincia ó por el Municipio, ó sobre consultas evacuadas á petición de autoridades y Corporaciones oficiales, científicas, económicas y de fomento, con las cuales tiene la Academia la satisfacción de mantener estrechas relaciones de amistad. Figuran entre los primeros, los relativos al edificio destinado por la Excm. Diputación á las instituciones provinciales de Instrucción pública; á la futura suerte de la plaza de Cataluña de esta ciudad; á la fachada lateral de sus Casas Consistoriales; á las proyectadas obras de su Parque; á las reformas de su gran teatro del Liceo; á los monumentos que el Excmo. Cuerpo Municipal dedica á Colon y á Prim; á los que hacen referencia al plan de mejoras de Barcelona y de su reforma higiénica; á varios otros proyectos de fachadas, capillas y retablos de distintas iglesias enclavadas dentro de nuestro distrito académico; á construcciones dedicadas así al culto, como á la beneficencia y á la enseñanza.

En el mismo orden de ideas y vuelta la mirada hácia los venerandos monumentos que nos legaron la piedad y el amor patrio de nuestros mayores; tuvo la Academia ocasion de contribuir, dentro del círculo de sus atribuciones, á

que no desaparecieran , por los rigores del tiempo ó por la mano airada é impía del hombre, esas soberbias fábricas cuyas cúpulas ó cúspides señalan la elevación del pensamiento que logró darles vida ; y cuya conservación ó ruína transmiten á la posteridad la idea exacta del valer ó de la degeneración de cada una de las naciones por cuyas puertas penetran las investigaciones del sabio, del historiador , del arqueólogo ó del artista.

¿ Qué no pedirían los renombrados cenobios de Monserrat , de Ripoll , de San Cugat del Vallés , de Poblet y Santas Creus ; las importantísimas Iglesias de nuestra Catedral Basílica , de Santa María del Mar , de la Colegiata de Santa Ana , de San Pedro de las Puellas , de San Pedro de Tarrasa ; los Claustros de San Pablo del Campo ; el célebre Castillo de Olérdola ; y el notable edificio de esta Audiencia territorial con su jardín y patios , sus gárgolas y pináculos , al verse amenazados de destrucción , de mutilación , de abandono ó de profanas modificaciones , si la Academia no hubiera fijado su atención en ellos , gestionando en lo que á su incumbencia atañe ? ¿ Qué no desearían para su conservación los amantes todos de las verdaderas glorias nacionales ? ¿ Qué no habíamos de hacer nosotros llamados por la ley á vigilar para que se mantengan en pié é intactos esos monumentos ? Y esto lo ha practicado la Academia , sin vulnerar las prerrogativas ajenas ; si es que prerrogativas ajenas pueda haber tratándose de la honra del país , pues tengo para mí , señores , que cuando tal acontece , por desgracia ; cuando se ven en peligro ó se relegan al olvido ó al desprecio esas brillantes páginas de la historia esculpidas en la piedra , en el mármol ó en el bronce ; ni pueden existir campos opuestos , ni bastan los buenos deseos de algunos , sino que hay que contar con los esfuerzos comunes , con el concurso y la energía de todos , aunando la voluntad y el empeño de todas las Comisiones de Monumentos , de todas las Academias , de todas las Asociaciones ó Centros históricos y artísticos , de todos los hombres que tengan apego al suelo en que han nacido , cualquiera que sea el punto en que ese peligro aparezca , contando siempre con el amparo de la Autoridad civil , é inspirándonos en la veneración que engendran las grandes acciones y en el respeto á los héroes y varones eminentes que , al medir el valor de su propia estima , supieron acometerlas.

A otro objeto primordial ha debido atender la Academia como Cuerpo consultivo y de fomento ; objeto que en gran parte llena , difundiendo los conocimientos técnicos y prácticos , para que , por medio , entre otros , de las bibliotecas y de los museos , impresionada la vista y estimulado el sentimiento ante el consejo escrito ó la reproducción gráfica de los secretos de la naturaleza,

llegue la luz , á penetrar hasta en la más recelada inteligencia. Abiertas se hallan por tanto nuestras estanterías , en que brillan ya de antiguo buen número de volúmenes debidos al talento de reputados autores ; estanterías enriquecidas hoy con obras para consulta en la Biblioteca , y en particular para el estudio de los alumnos que acuden á ella en busca de datos y noticias ; debiendo mencionar entre las mismas « Les Arts somptuaires , de Louandre » , « Les costumes historiques , de Racinet. » « L'Arte cristiano nei primi otto secoli della Chiesa » , y la « Reproducción foto-zincográfica del interesante « Libro de retratos de Francisco Pacheco » ; estas últimas en curso de publicación todavía.

Hanse enriquecido asimismo nuestros Museos con varias adquisiciones , con un legado procedente de la colección de pinturas que poseyó el ilustre señor don Tomás de Puigguirguer , Canónigo de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona , y un donativo debido á la generosidad , á las aficiones artísticas y probada competencia del señor don Manuel Vidal y Quadras , de tres lienzos que representan : uno , Santa Magdalena ; otro , el retrato del Príncipe-niño que fué Luis XIV de Francia ; y otro , que lo es de un personaje catalán de la Corte de Felipe III de España. Ojalá que tan nobles ejemplos se repitieran con frecuencia : ojalá que imitando nosotros lo que en otras naciones se hace , fueran los Museos objeto de la predilección de las personas pudientes ó peritas en la ciencia del arte , dotándoles en vida ó por última voluntad con obras dignas de ser conservadas en ellos , por su mérito y por su casticismo. Respecto á las adquisiciones á que antes me he referido , la Academia en el tiempo transcurrido desde su última sesión pública , ha cuidado de ir aumentándolas , en cuanto le ha sido posible , con ejemplares plásticos de reconocido mérito. Citaré entre ellos , por su mayor importancia , los vaciados de un león alado colosal y de varios bajo relieves del Arte Asirio ; una estatua de Amenophis ; fragmentos de los bajo relieves del Partenon y del Templo de Júpiter en Phigalia ; las estatuas de gran tamaño de Sofocles y del emperador Augusto en traje militar ; las dos testas de los colosos de Monte Cavallo ; fotografías escogidas de cuadros de la Escuela española , de objetos suntuarios y de los tapices de la Real Casa ; fotografías de grandes dimensiones de frescos y cuadros de las Escuelas italianas y de los más celebrados edificios de aquella península ; una colección de techos del Tiepolo y de la Villa Giacomelli de Pablo Veronés ; y la de grabados de las obras de Rafael Sanzio , hecha por el caballero Pietro Brugnoli.

Lástima , señores , que disposiciones recientes , sobre las cuales creyó deber

reclamar respetuosamente la Academia, hayan venido á sembrar la zozobra y hasta el desaliento entre los buenos patricios, al ver que por ellas podían llegar á ser arrebatadas de sus propios lares, esas bellas producciones del genio con tanto cariño y con tantos afanes reunidas, y cuya obtención da la medida de los sacrificios de un pueblo á quien inconscientemente, y por un espíritu de centralización, hijo sin duda del buen deseo, pero no bastante meditado, se llegaría hasta el extremo de dejarle huérfano de cuanto puede enaltecer su bien adquirida fama. No será así sin embargo; no podrá ser; porque esta fama, señores, está íntimamente unida á la de la nación entera, puesta bajo el amparo del Gobierno, que siempre la protegerá, cualquiera que sea el color de la bandera que tremole en los alcázares del Poder.

Algo más todavía se pide hoy al Arte, perenne escritura de la forma. Quiérense ver, quiérense comparar sus concepciones; y de ahí la idea que ha presidido á las Exposiciones públicas, desde las que protegen los gobiernos y promueven las corporaciones y asociaciones que cuentan con medios para realizarlas, hasta las que se presentan en los modestos sitios en que se facilita y pacta la adquisición de las obras puestas en ellos de manifiesto. Y la Academia, que aplaude este movimiento, pero que no cree sin embargo que deban prodigarse cuando se trata de Exposiciones de superior aliento, siente ya la necesidad de dar un paso más en este camino, después de la Retrospectiva que celebró en 1867. Porque entiende que está en el caso de verificar hoy día otra Exposición de mayor importancia en sus manifestaciones y en sus efectos, tomando por base á las Bellas Artes propiamente dichas, y llamando á concurso como verdadera ramificación de ellas, á cuantos objetos pudieran dar idea de los adelantos conseguidos hasta el presente en la aplicación del arte á la industria, viniendo á competir, así la metalistería, como la cerámica; las telas con sus estampados; los libros con sus ediciones y encuadernaciones; la música quizás, y hasta tal vez la floricultura; con otros varios trabajos de larga enumeración y de utilidad notoria. Proyecto de empeño en verdad, si ha de ser digno del patrocinio que le ha dispensado ya el Excmo. Cuerpo provincial, acordando en sesión del 11 del corriente aceptar, en principio, el pensamiento de la Academia, que se hubiera complacido hoy en daros á conocer su programa, si antes hubiese tenido noticia de dicha resolución; proyecto que sin duda ha de llevarse á buen término, contando también como no podemos menos de contar con la eficaz cooperación del Excmo. Ayuntamiento de Barcelona que tanto se esmera en su acendrada solicitud por la capital de que es digno representante, en contribuir al sostén y fomento de nuestras escuelas.

Con tales elementos, bien podéis, jóvenes alumnos que me escucháis, ensanchar vuestro deseo de ser dignos hijos de esta tierra clásica de la laboriosidad y de las serias empresas, siguiendo las huellas de vuestros maestros en el arte. Que sea motivo de emulación para vosotros el recuerdo de los galardones obtenidos por los que antes fueron sus discípulos. Que no olvidéis nunca que la solemnidad que hoy nos tiene aquí reunidos, está dedicada á honrar la memoria de uno de ellos, la memoria de Fortuny, en quien con verdadero embeleso de sus admiradores, se veían, como dice un atildado escritor refiriéndose á otras notabilidades que le habian precedido en su carrera; ese anhelar del artista, ese luchar sin reposo con la forma, esa desesperación persistente por hallar digno ropaje, linea precisa, color verdadero, palabra oportuna y nota adecuada al mundo increado de su alma, á los hijos brillantes de su fantasía. Pero no soy yo tampoco, señores, el que ha de hablaros de Fortuny: á otra voz cien y cien veces más competente que la mía está reservada esta tarea. Yo me limitaré tan solo á lamentar su desaparición de entre nosotros, tristísimo acontecimiento con que se hace una vez más patente á nuestras creencias, que nada, nada significaría la vida, si no hubiera de trocarse un día por otra mejor, la de las eternas y celestiales mansiones.

Porque, señores, terminaré diciendo con el poeta:

¿ Es por ventura el sabio más dichoso ?
Y el que la suerte á las riquezas lanza ,
¿ cuenta con muchos instantes de reposo ?
Y la esperanza , en fin.... ¿ qué es la esperanza ,
más que la dolorosa resistencia ,
que hacemos al pesar que nos alcanza ?

HE CONCLUIDO.

Despues de esta reseña el académico D. Francisco Miquel y Badía leyó los siguientes

APUNTES

BIOGRÁFICO-CRÍTICOS SOBRE FORTUNY.

EXCMO. SEÑOR :

SEÑORES :

PROMEDIABA el mes de noviembre de 1874 cuando el telégrafo con su sequedad habitual trajo á esta casa una dolorosa noticia. Mariano Fortuny había fallecido en Roma víctima de una fiebre perniciosa ; el artista en la plenitud de su vida y en el mayor vigor de su ingenio, había dejado una existencia llena de dolores y de espinas hasta para aquellos á quienes más agasaja y sonríe la fortuna. Sonreíale esta entonces á nuestro malogrado paisano y el aplauso de Europa entera y del Nuevo Mundo llegaba á sus oídos, casi sin mezcla de censura alguna, siendo á la vez voz de triunfo para el joven artista, voz de triunfo para la pintura contemporánea, voz de gloria para la nación española que se consideraba dichosa contándole en el número de sus hijos más preclaros. Escusado sería describir en este momento la estupefacción que causó aquella triste nueva. Pena por la pérdida de un artista de singular ingenio, cuyas obras le habían hecho simpático á todos, sentimiento, interesado quizás, ante la idea de que aquella mano que por tan feliz manera arrebatava sus más bellos secretos á la naturaleza, debía quedar eternamente inactiva, sin poder animar con el pincel y el color los lienzos que, al impulso de su inspiración, se convertían en obras de mayor precio que los más espléndidos joyeles de oro y pedrería : esto sintieron en noviembre de 1874 cuantos supieron que Mariano Fortuny, nacido en Reus el día 11 de junio de 1838, había espirado en la Ciudad Eterna el día 21 de noviembre de 1874.

Tantos, tan variados y portentosos son los acontecimientos que se presentan

de continuo ante nuestra asombrada vista en el rebullir incesante de la sociedad contemporánea, que no parece sino que ha transcurrido un siglo desde la última citada fecha, cuando en realidad ha pasado solo número cortísimo de años. De aquí que hoy pueda hablar de Mariano Fortuny como pudiera hacerlo de hombres y de cosas que hubiesen pasado por completo al dominio de la historia. «No hay memoria á quien el tiempo no acabe, ni dolor que muerte no le consuma»; dice nuestro inmortal Cervantes, y esta profunda sentencia que encierra una ley divina necesaria para que el hombre pueda cumplir en la tierra con la ley del trabajo que no podría llenar, si el dolor por la pérdida de un ser querido no se menguase en su pecho; esta profunda sentencia, repito, realizada con Fortuny como con todos los hombres que han existido y que existirán en el mundo, me permite hoy ocuparme en el artista con una tranquilidad de espíritu, con una serenidad de juicio que ni yo ni español alguno dotado de mediana afición por el arte, hubiera podido tener á raíz de su fallecimiento, en los instantes en que la imaginación encendida y el corazón adolorido se sobreponían á la severa calma de la inteligencia. No se crea, sin embargo, que del todo pueda sustraerme á estos soberanos móviles, ni quiera Dios que así suceda, porque juicio en que no intervenga el sentimiento, es flor sin colores y sin aroma; pero á buen seguro que me será más fácil hablar hoy reposadamente de lo que hizo Fortuny, y del papel que representa en el arte del siglo XIX, que si hubiese tenido que desempeñar esta misma comisión en la época á que me he referido anteriormente.

Pensó la Academia de Bellas Artes de Barcelona que era deber suyo honrar la memoria de Mariano Fortuny, y así lo propuso á la Excm. Diputación de la Provincia, que celosa siempre por los intereses morales de la comarca que administra, y no olvidando que á su auxilio debió en parte principal el infortunado artista haber podido ganar el puesto que acaso le hubiera sido difícilísimo, sino imposible, lograr abandonado á sus solas fuerzas, prohió enseguida el pensamiento de la Academia, acordando con plausible patriotismo que se celebrase la sesión conmemoratoria que se está verificando, que se acuñase una medalla á Fortuny y que sobre el pintor ilustre y sobre sus obras discudiese en este acto uno de los señores Académicos, cargo que ha tocado al más indigno de todos, al que os dirige en estos momentos la palabra y que vá á llenar su cometido, que desearía saliese á gusto vuestro, en la confianza de que la admiración que por Fortuny siente será poderosa á amortiguar las faltas de su inteligencia.

Al principiar Fortuny sus estudios, hallábase ya el arte en un período de transición que se acentuó luego de una manera más decidida. El romanticismo, que había producido en todas las artes obras potentes, concebidas al calor de un entusiasmo que rayaba en frenesí ó delirio en sus más conspicuos adeptos, iba ya decayendo, produciéndose como consecuencia natural de la exaltación del primer tercio de este siglo, una tendencia opuesta más fría y reflexiva, fundada en la observación detenida del hombre y de la naturaleza. Atendió el romanticismo con predilección marcada al concepto de sus obras, levantando el pensamiento á poderosa altura y descuidando su expresión, la forma en que viene traducido de un modo sensible, hasta un extremo que hoy parece fruto de la impotencia cuando en realidad obedecía á calculado propósito. No era nó impotencia en los insignes pintores franceses y alemanes de aquella época, en los Schnorr, Cornelius y Overbeck la falta de jugo en la pincelada y en el color, la total ausencia de esos efectos de modelado que las escuelas naturalistas han procurado con afán en todas épocas, sino que por lo contrario, era resultado de un sistema en el cual la idea dominaba sobre la forma, el alma de las composiciones — si así me es lícito expresarme — sobre su vestidura, sobre su parte externa, sobre esos halagos del color tan expuestos á caer en los vicios del sensualismo. Los artistas que como Schnorr interpretaban á maravilla las soberbias escenas de la colosal epopeya de *Los Nibelungos*, que como Cornelius emulaban las glorias de Orcagna y del Durero en el *Juicio final*, y que como Overbeck además de trazar cuadros de profundo misticismo, hacían gala de singular entendimiento al dibujar y pintar la preciosísima página de *El triunfo de la Religión en las Artes*, no debían de sentirse con fuerzas tan desmedradas que no pudieran intentar con grandes probabilidades de buen éxito, la copia fidelísima del natural, el estudio de los innúmeros pormenores que su ojo perspicaz y pacienzudo descubre en el cuerpo humano y en todos los reinos de la naturaleza, y que una mano hábil traslada al lienzo con una verdad, con una vida, con un encanto superiores á todo encarecimiento. Schnorr, Cornelius, Overbeck y los artistas que, siguiendo en mayor ó menor grado sus huellas, se hicieron famosos en Europa por los años de 1825 á 1845 de nuestro siglo, sacrificaban de intento efectos que juzgaban secundarios al efecto mayor de la ordenada composición de sus obras, de la razonada expresión de sus figuras, de un riguroso dibujo, de un conjunto que en todos sus detalles fuese cabal manifestación de un concepto grandioso presentado por los medios gráficos de que se vale la pintura. Mas lo que en aquellos potentes ingenios constituía un estilo propio, los defectos ó descuidos que en sus obras podían per-

donarse ó ni siquiera eran notadas por las personas inteligentes, convertíanse en sus discípulos é imitadores en vicios pronunciados tanto más visibles en cuanto ni los escusaba, ni los ocultaba el concepto, el pensamiento de sus producciones, muy lejano de la significación y alteza de las de sus celebrados maestros. La convención ocupó entonces el puesto de la verdad, la falsa grandiosidad se sobrepuso á la inspiración espontánea, y las últimas obras del romanticismo pictórico ni llegaban á la inteligencia por la idea que entrañaban, ni movían el corazón por el sentimiento que en sus figuras se advertía, ni eran regocijo de la vista por el vigor ó elegancia de la pincelada y por la armonía, riqueza y verdad del colorido. Alguno que otro artista en quien se notaban rasgos que se apartaban de la general corriente, no contradecía, antes por lo contrario afirmaba, la observación que dejo hecha y en la cual viene compendiado á mi parecer el juicio que debía aplicarse al arte pictórico en general en los años 1852 y 1853, en que Fortuny empezó á dedicarse con asiduidad al dibujo en esta Escuela de Bellas Artes, bajo la dirección de nuestros ilustrados compañeros D. Claudio Lorenzale y D. Pablo Milá y Fontanals, discípulos aprovechadisimos de la escuela alemana moderna, y que se cuentan entre las personas que en nuestra querida España trabajaron con más empeño y con mayor fortuna, con el pincel y con la enseñanza en cátedra, para sentar las bases del renacimiento artístico contemporáneo. Por aquellos años comenzó la reacción á que he aludido también, que cambió la faz del arte pictórico, que ha tenido asimismo grandísima influencia en la escultura y en el arte literario, y de la cual fué Fortuny á la vez que discípulo fervoroso uno de los principales capitanes que le señaló nuevos y más brillantes derroteros.

Es preciso tener en cuenta estos antecedentes para apreciar con justicia el papel que Mariano Fortuny ha representado y representa en la pintura del siglo XIX, y es indispensable además atender á otros extremos que influyeron en la dirección que imprimió á su talento, y que explican porque empleó en cuadros de caballete y en obras de gabinete sus geniales y peregrinas dotes artísticas. De veinte años á esta parte la sociedad ha experimentado en Europa y en ciertas naciones de América una transformación completa. Cambios en las ideas políticas, mudanzas en las formas de gobierno han traído también iguales cambios y mudanzas en el modo íntimo de ser de la sociedad y de la familia. Conservábanse todavía á principios de siglo diferencias marcadas de clase

entre los individuos de una misma ciudad, que se traducían en signos exteriores de mayor opulencia en las familias que se hallaban en situación preeminente por la cuna, por la fortuna heredada de sus mayores, ó por haber obtenido con su valor ó con su talento un elevado puesto, que no se obtenía ni concedía entonces con la facilidad con que se alcanza ahora, así como también se lograba con mayor seguridad de disfrutarlo por largo espacio de años en el individuo que logró tal dicha, y en los que debían sucederle en su nombre y en sus bienes.

Al par de las costumbres transformáronse también las habitaciones, desapareciendo paulatinamente los suntuosos palacios en cuyo decorado se ejercitó en los siglos xvi, xvii y xviii el diestro pincel de los más celebrados maestros. A los salones espaciosos, á los grandes aposentos, á las cámaras cuyo perímetro se aproximaba al de una casa moderna, se sustituyeron las reducidas habitaciones en que todos vivimos, extendiéndose por tal modo la fuerza de esta corriente que hasta las familias señoriles parece como que se encuentran molestas en medio de alguna de aquellas dependencias, en los contados antiguos palacios que han resistido en pie la pesadumbre de los años y el ariete más poderoso aun de los cambios á que he hecho referencia. Los más insignes pintores, los que se sentían dotados de mayor facundia y mayor fuga de inspiración hubieron de limitarse forzosamente desde el primer tercio de este siglo á espacios pequeños, á insignificantes plafones en los cuales no cabía ninguna de las monumentales composiciones que dieron renombre á Rafael, al Tintoreto, á Pablo el Veronés, y en tiempos más cercanos, al infatigable Lucas Jordan y á sus numerosos continuadores é imitadores. Acudió la pintura al cuadro de caballete, á la obra de camarín, y los maestros flamencos y holandeses vinieron á ser el punto de mira de la nueva generación artística, que los copió en la delicadeza y primor del desempeño, no siguiéndoles siempre, desgraciadamente, en el espíritu honrado y bonachón de sus asuntos. Con esta evolución coincidió el movimiento naturalista de que he hablado anteriormente. Estudiáronse con afán — como se estudian aún — las costumbres y los tipos populares; buscóse en comarcas poco recorridas y en el lejano Oriente, medio de imprimir novedad y sabor característico á las obras pictóricas y escultóricas; púsose empeño en copiar el natural con una fidelidad, con una nimiedad muchas veces, que hubieran podido envidiar y envidiarían los más decididos realistas; cualquier asunto se estimó bueno para un cuadro ó escultura, atendiéndose más que á la idea á la ejecución material, al desenfado de la pincelada, á la elegancia del color ó al nervioso manejo

del barro en el modelado escultórico; y por fin, y como natural consecuencia del mismo movimiento, se cultivó con amorosa solicitud el paisaje — que ha tenido sin disputa en nuestra edad su verdadero siglo de oro — reproduciendo con verdad admirable y con exquisito sentimiento los más inteligentes artistas que se han dedicado á este género, los más bellos espectáculos de la naturaleza, los variadisimos y embelesadores aspectos que cielo y tierra presentan desde la aparición del astro del día á las tranquilas y melancólicas horas del crepúsculo vespertino.

En medio de este movimiento, en el ardor de esta transformación, nació Fortuny á la vida artística. Algo pasaba entonces y pasa ahora de lo que se vió en Florencia y en otras ricas ciudades de Italia en los albores de la fastuosa época del Renacimiento. Rompiéronse en aquella sazón los moldes de la Edad Media; consideráronse traba que oprimía á las inteligencias los estrechos, acompasados, pero siempre severos y espirituales cánones de la pintura y de la escultura gótica, de la pintura y escultura eminentemente cristianas; buscáronse con ansia nuevos horizontes, y el arte de la antigüedad pagana con el estudio del desnudo por un lado y la misma copia de la naturaleza con la mayor exactitud posible por otra, produjeron allá por los años de 1450 aquella éra en la que brillaron los Masaccio y los Filipino Lippi, los Ghiberti y los Lucca della Robbia, ejecutando obras preciosas de una vida y de una espontaneidad que serán siempre el encanto de los artistas y de las personas dotadas de buen gusto. Por desdicha, como acontece en estos movimientos de reacción que el lenguaje político apellida revoluciones con nombre apropiadísimo, el empuje, que viene armado con el *recedant vetera*, no se contiene en los límites de la justicia y de la razón serena, sino que lo atropella todo, lo derriba y lo destruye todo y no sabe aliar en medio del fragor de la contienda lo bueno de tiempos pasados con los adelantos positivos aconsejados por la experiencia ó por inspirados descubrimientos de ingenios superiores. Este ha sido el defecto del arte en la segunda mitad del siglo XIX; rompió con la tradición romántica que abrigaba levantados ideales, que soñaba en la idea olvidando la plástica belleza de la forma, corrió tras de la verdad naturalista sin saber cuando debía pararse para no caer en el grosero realismo, y por resultado lógico de estos impulsos dió excesivo predominio á la parte material del arte, empleó singular talento en asuntos vulgares cuando no en obras de inmoralidad supina, y derramó prodigios de ejecución, verdaderas maravillas de dibujo, de modelado y de colorido en temas baladíes, de ninguna significación y cuya vista no deja rastro alguno ni en el corazón ni en la inteligencia.

Ahora bien, Señores, sentados los antecedentes que acabo de exponer, no titubeo en afirmar que Mariano Fortuny fué con sus obras pictóricas brillante expresión de los gustos de su época y que ejerció eficaz influencia en la dirección que ha tomado el arte contemporáneo y dentro de cuyas corrientes se encontró él mismo al comenzar sus trabajos artísticos. Holgaría aquí una reseña biográfica del malogrado artista catalán. Todo el mundo conoce los pasos de su vida, que por otro lado, tienen poco interés y ofrecen escasa enseñanza, sino es la de probar una vez más que desde cuna humilísima se llega á la más elevada consideración en la escala social cuando se dispone de un talento peregrino secundado por laboriosidad y constancia inquebrantables. Cuantos me honran escuchando estos apuntes saben bien que Fortuny nació en Reus de familia sumamente modesta; que en su anciano abuelo encontró el primer apoyo; como éste se extendió y fortaleció en Barcelona en donde halló valedores que le costearon los estudios en la Casa Lonja; el triunfo que alcanzó nuestro paisano en las oposiciones al premio de pensionado en Roma por nuestra Excm. y benemérita Diputación Provincial; cuanto esta Corporación le favoreció siempre pensionándole después para que fuera al Africa con ocasión de la gloriosa guerra de Marruecos; la manera como Fortuny fué adelantando en su carrera llamando desde su instalación en Roma la atención de las muchas personas de buen gusto que visitan de continuo la capital del orbe católico; el aplauso que se le concedió en nuestra España desde los comienzos de su carrera, aplauso entusiasta que le tributaron á una Barcelona y Madrid; y por fin la voz de admiración que levantó en Paris, ciudad centro en nuestros días del movimiento artístico y pregonera de los méritos, más ó menos ciertos, de los ingenios contemporáneos, cuando en el establecimiento del conocido marchante de cuadros y obras de arte Mr. Goupil expuso *La Vicaria*, una de sus producciones mejor compuesta, con más firmeza y espontaneidad dibujada, y pintada con mayor verdad, donaire y elegancia. Carrera de triunfos fué la suya; carrera en la cual hasta las dichas del hogar doméstico, cifradas en una compañera en quien se reunían la belleza del cuerpo á las mayores y más duraderas del alma, fueron parte á que el malogrado pintor pudiera dedicarse á las árdas tareas de su noble profesión con la holgura que procuran el desahogo en la satisfacción de las necesidades materiales y la bienhechora y fecunda tranquilidad del espíritu.

Tampoco es de este lugar porque resultaría sobradamente fatigoso, seguir paso tras paso los que dió Fortuny en sus obras artísticas. Importa sí consignar que en ellas se advierten distintamente dos épocas ó dos estilos diferentes. Muestra en ambos el artista la seguridad del dibujo y muy especialmente su tino singular en poner el contorno ó lo que se llama también la silueta de las figuras. Hay en las obras de uno y otro período un gusto exquisito, innato, pero perfeccionado por la educación, para disponer las figuras de sus cuadros y los accesorios de modo que resulten gratos á la vista, que produzcan, como suele decirse, buena impresión en los expectadores; viéndose en todo ello al pintor de salón y camarín, al artista que habia comprendido perfectamente el papel que el cuadro al óleo ó la acuarela tenían que representar en las lujosas habitaciones modernas. Esta ciencia del dibujo, fruto sin duda de los asiduos estudios que hizo primero en esta Escuela de Bellas Artes y después en Roma, se notan ya en *La Odalisca* y en la acuarela *Il Contino* que posee nuestra Excm. Diputación que pintó en 1861; en la *Fantasia árabe* y en *El aficionado á estampas* que llevan la fecha de 1863, así como aparece también muy manifiesta en los estudios del natural ó *Academias* que remitió á la nuestra, y en las cuales junto con la cualidad á que me he referido, se vé en la factura una ejecución gallarda, por demás elegante, y en la que tiene parte principalísima la destreza de la mano, de la que Fortuny hacía gala con perjuicio mismo de la verdad naturalista en algunas ocasiones.

A la firmeza del dibujo, al dominio del contorno y del modelado acompañaba en la primera época del ilustre artista un colorido caliente, en el que los oscuros aparecían bien acentuados y que tenía un cierto aire español de antiguo abolengo, sin que se advirtiesen veleidades de imitación ni cosa semejante. A este estilo pertenecen los cuadros que hemos citado y el *Domador de serpientes*, coetáneo casi de *La Vicaria*, además de algunos otros que pintó desde 1863 á 1870. Fué *La Vicaria* una suerte de transición entre el primero y el segundo estilo, del que hablaré muy pronto. Hay en ella el mismo jugo en la pintura, un animado color que no hubiera desdeñado un pintor de Sevilla en los siglos xvi y xvii, empero ya el artista busca con mayor afán la verdad del natural, ya trata de evitar los recursos convencionales y cuida de que la línea bien precisada y la masa de color bien hallada, sin miedo ni vacilación alguna, sinteticen los méritos capitales de sus producciones pictóricas. De aquí á su segundo estilo no mediaba más que un paso, y Fortuny lo dió de un modo muy decidido durante la temporada de 1870 á 1871 que pasó en la morisca Granada, solazándose con la vista de aquella hermosísima na-

turalaleza, con la contemplación de aquel cielo azul, de un azul intenso hasta la inverosimilitud, pero luminoso siempre, y ocupado con afán en trasladar el lienzo con la magia del color, con la magia de la luz, y de un color y de una luz brillantes en grado superlativo, los embelesadores espectáculos que le ofrecían los montes y cármenes granadinos y sobre todo el soberbio alcázar de la Alhambra y la deleitosa mansion del Generalife. Pintar con esa vida y con esa luz fué la idea que Fortuny persiguió desde entonces, acompañándole hasta las risueñas playas de Pórtici, en donde pasó los últimos y acaso los más halagadores y más gratos meses de su existencia. Desde allí escribió al señor barón Danvillier, uno de sus mejores y mayores amigos, con fecha 9 de Octubre de 1874: «Por lo que toca á mis trabajos os hablaré únicamente de un cuadro que mide un metro treinta y siete centímetros de largo por setenta y dos centímetros de altura. Tiene un buen número de figuras y no sé que título darle. Como en cierto modo es un resúmen de mi estancia aquí durante el verano ¿no podría apellidarlo *Villegiatura*? Hay en efecto mujeres sobre la yerba, bañistas que se zambullen en el mar, los restos de un antiguo castillo, los muros de un jardín, la entrada de una aldea, etc., etc.; todo esto en pleno sol, sin escamotear un rayo de él siquiera. Todo es claro y alegre y ¿cómo podía ser de otra manera habiendo pasado aquí el verano tan alegremente?»

La luz y la mancha exacta del color buscó Fortuny con ansia, con verdadero afán en el último periodo de su vida y en las últimas creaciones de su pincel. En este deseo influyeron por una parte la corriente naturalista de que hemos hablado y la observación directa del mismo pintor, y por otra los ejemplos que sacó del estudio de un arte exótico, y del que no parece que debiera de sacar enseñanzas provechosas la pintura europea en su más elevado cultivo. Refiérome, señores, á los dibujos y á las pinturas del Japon que nuestro insigne paisano celebraba con imponderable entusiasmo. Recuerdo con singular viveza una conversación amenísima que tuve con él, con un distinguido compañero de Academia y con otros dos artistas de talento, en uno de los cuartos de la fonda granadina de los Siete Suelos, al pié de las moriscas torres de la Alhambra. Allí nos enseñó Fortuny varios libros con dibujos japoneses, entonces poco extendidos y vulgarizados más tarde, haciéndonos notar con su habitual perspicacia la firmeza, la seguridad, el vigor con que estaban apuntados pájaros y plantas, vistas del mar en tempestad y en calma, variadísimos celajes y otros motivos sacados todos del natural y trasladados al papel de paja de arroz, de que estaban formados aquellos libros, con una vida y una verdad y

sobre todo con una espontaneidad superiores á todo encarecimiento. Al par del dibujo aplaudía también Fortuny en los artistas japoneses la manera de poner el color, por medio de manchas bien acentuadas que acusen sin vacilaciones el contorno y el dintorno de los cuerpos, merced á lo cual las obras pictóricas de aquel Imperio, así aquellas en las cuales se vé complicada imaginaria, como las meramente decorativas, se presentan con un vigor en las masas que no tienen nunca aquellos trabajos en los cuales los pormenores y la ejecución minuciosa se sobreponen á la impresión general bien traducida del conjunto.

Algo y aun mucho de estas aficiones se descubre en las composiciones suyas *La Modela* y *El Jardín de los poetas*. Representa la primera, como no lo ignoran cuantos sienten predilección por las obras de arte, varios personajes de casacón, ricamente vestidos á la usanza de la pasada centuria, académicos de San Lucas como los tituló primero nuestro malogrado paisano, que examinan unos con interés meramente artistico y otros con ojos más pecadores, á una muchacha que sin envoltorio alguno les muestra, encaramada en lujosa mesa, todos los perfiles y excelencias de su figura. En una de las magníficas salas del palacio Colonna de Roma colocó Fortuny la escena de *La Modela* así como eligió un jardín, con variedad de árboles, arbustos y plantas para teatro del *Jardín de los poetas*. Dos *Arcades*, pastor y pastora, declaman con singular énfasis el papel de un drama ó comedia, mientras otros compañeros suyos, de pié ó sentados en un banco de mármol, escuchan atentamente el ensayo. En el primer cuadro Fortuny hubo de pintar los personajes á la luz de un interior; en el segundo pudo desplegar la magnificencia y la brillantez de la plena luz; y en ambos dió nueva muestra de sus prodigiosas facultades y de su habilidad imponderable. ¡Qué de finezas de dibujo y de pincelada se ven en el grupo de los académicos! ¡Qué extraordinario primor en las figuras de los *Arcades* que recitan su papel y en las de sus oyentes! ¡Qué variedad de expresiones y de actitudes, traducidas todas con una verdad que encanta, con una espontaneidad que oculta asombrosamente los repetidos estudios que nuestro ilustre paisano hacía para cada una de las figuras de sus cuadros! ¡Cómo maneja el color á maravilla logrando por ejemplo en *La Modela* que el cuerpo desnudo, de una entonación rosada, se dibuje con limpieza y salga bien modelado sobre un fondo de raso de un color de rosa pálido, de una entonación idéntica casi á la de la figura expresada! ¡Qué flores, qué malvas reales tan soberbiamente pintadas, con tan exquisito sentimiento del natural, aparecen en *El Jardín de los poetas*! ¡Qué lujo de detalles en ambos cuadros! ¡Qué interpretación más

feliz de los bronce, de la madera dorada, de las estofas de varias clases, con una ejecución miniaturada digna de compararse, si por acaso no la excede en el jugo y elegancia del color, á la que ha dado celebridad europea á uno de los más conocidos pintores contemporáneos!

La verdad del natural buscó Mariano Fortuny en estos lienzos, como la había buscado también en otras obras y estudios suyos que si bien menos sonados revelan mejor la potencia y la originalidad de su talento pictórico. La verdad del natural trasladada á la tabla ó al lienzo le traía inquieto y tal vez á este afán, al miedo de caer en convención de ninguna especie, se debe la impresión particular que á primera vista producen *La Modela* y *El Jardín de los poetas* y que indudablemente recuerda el modo de pintar de los artistas de Oriente. Así en uno como en otro lienzo, es necesario que los ojos se acostumbren á aquel lujo de tintas y á aquella reunión de valores iguales casi, antes de que pueda saborear la inteligencia las innúmeras bellezas del conjunto y de cada una de sus partes. Personajes y muebles en *La Modela*; personajes y plantas en *El Jardín de los poetas* se ofrecen primero como cuerpos puestos casi en un mismo plano, sin el relieve y la distancia que hay en la realidad, sea cual fuere la luz que los alumbre, de donde resulta un cierto aire japonés, una cierta convención en la pintura por más que su autor tratara de escapar á ella y trabajara con empeño para conseguirlo. Es cierto, empero, que esta cualidad que no llamaremos defecto, no daña al mérito general de aquellas obras ya que la vista admite pronto el estilo adoptado en ellas por Fortuny y aprecia inmediatamente la vida y el movimiento de los grupos, la animada expresión de varias figuras, la acabada factura de los accesorios y sobre todo el color y la luz derramados á manos llenas en toda la escena.

En el cuadro *La Vicaria* que le dió renombre europeo y que precedió á los dos anteriormente indicados, conservó todavía Fortuny algo de su estilo primitivo, fundiéndolo hábilmente con una mayor frescura de colorido y mayor espontaneidad en la pincelada. Esta obra será sin disputa la que perpetuará el nombre de nuestro malogrado artista á través de los siglos venideros. Todo el mundo la conoce y por ello juzgo excusado describirla. Además para hacerlo con algún acierto necesitaría la pluma de un D. Ramon de la Cruz, que hubiese paseado el boulevard de los Italianos; necesitaría la chispa y donosura del autor de *Los hombres solos* y *La Petra y la Juana* para retratar aquel novio, viejo verde almibarado, la pizpireta novia que por galas y moños entrega en matrimonio su blanca mano, los acompañantes que envidian la fortuna de ambos, del uno por la moza que se lleva y de la otra por los doblones del marido, y

por fin todos los demás accidentes de aquella pintoresca escena, tales como el torero y la maja que esperan sentados con cara de vinagre que les llegue el turno de dar los dichos, el santero vergonzante, los encargados de la Vicaría, la espléndida reja del fondo, el brasero, las cornucopias y otros varios accesorios de pura raza española, como el asunto, como los trajes, como el aire del cuadro aun cuando al través del dibujo y del color se transparente algo que trasciende más á las brumosas orillas del Sena, que á los soleados campos del Manzanares y de la pradera de San Isidro. Así lo entendió con sumo acierto el crítico francés Teófilo Gautier cuando al escribir sobre esta obra con frase por extremo entusiasta, decía: «La idea más exacta que podría darse de este singular lienzo sería compararle á un esbozo de Goya continuado y retocado por Meissonnier. Hállase, en efecto, en él la libertad fantástica del pintor español y la escrupulosa verdad del pintor francés, añadiendo á ambas la individualidad de Fortuny, que hace vibrar su nota propia entre las dos influencias, sin que ninguna le domine.» «¡Qué colorido — añade Teófilo Gautier — tan armonioso en su atrevimiento, que no teme pedir prestadas entonaciones á la paleta japonesa, entonaciones exóticas en las que brilla el gris perla al lado de tintas morenas neutras! ¡Qué pincelada tan ligera, espiritual y expresiva! ¡Qué ciencia en el dibujo de aquellas pequeñas figuras, tan elegantemente colocadas, de un movimiento tan natural y verdadero, y de un gesto en tanto grado expresivo!» Triunfo completo logró entonces, primavera de 1870, Mariano Fortuny, y los aplausos llovieron sobre él y los encargos se sucedían uno tras otro, pagándose sus obras á precios que pueden llamarse fabulosos ya que unos cien mil francos le vino á costar *La Vicaría* á quien la compró á Goupil, admirador del artista y uno de los que más trabajaron, parte por afición, parte por interés propio, en procurarle la lisonjera posición y el porvenir más lisonjero aun que en aquella fecha le sonreían.

A par de estas obras, que son las señeras en su vida artística, Fortuny pintaba otras varias al óleo ó á la acuarela, hacía dibujos á la pluma, y trazaba por medio de la punta y del agua fuerte los lindísimos grabados, en que me ocuparé luego, y que han de popularizar su nombre en las edades venideras, tanto ó más que sus composiciones pictóricas. En varios de estos cuadros al óleo y acuarelas su ingenio se presentaba todavía por más natural manera que en los cuadros de composición. Prueba son de ello los cuadros *El Tribunal de la Alhambra* y *El Ayuntamiento viejo de Granada*, y las acuarelas *Camello en descanso*, *El mercader de tapices*, *El arcabucero* y otras varias que pintó por los años de 1870 al de 1874 en que desgraciadamente acaeció su muerte. He dicho en

otra ocasión que el sol y la naturaleza de Andalucía habían producido viva impresión en el alma de Fortuny y le habían cautivado. A reproducirlos con la magia del color y de la luz que se vé en aquellas hermosas comarcas se dedicó en los citados cuadros *El Tribunal de la Alhambra* y *El Ayuntamiento viejo*. Allí el estudio del natural aparece de una manera evidente, pero Fortuny que no era realista en la acepción común de esta palabra, es decir que no aceptaba cuanto le ofrecía el modelo, bueno ó malo, simpático ó repulsivo, Fortuny que antes que todo era artista y que buscaba la poesía de la línea y del color en todos los objetos, traducía los blancos muros de la Alhambra, los tostados paramentos del Ayuntamiento viejo, el cielo azul, la antigua corte de los monarcas nazritas, el espléndido color verde de los nopales y la aterciopelada tinta de los cipreses, con una entonación más blanca que la de la realidad misma, más encendida y caliente que el venerable color de las viejas piedras, más azul que el mismo azul del firmamento, más verde que el verde de las hojas más luminosas y de vegetación más exuberante; adoptando así una tónica superior á la de la realidad misma, tónica que dominaba enseguida al expectador haciéndole sentir con mayor fuerza todavía, que si se hubiese hallado matemáticamente ajustada al modelo que tenía ante su vista, y que su pincel reproducía, la belleza solemne del alcázar de la Alhambra, la poesía de los decorados balcones y voladizos de la vieja casa del Concejo, el maravilloso encanto del sol, del cielo, de las plantas, de todos los primores, en una palabra, de nuestras comarcas del mediodía. Esto es ser naturalista en la buena acepción de la palabra, mejor dicho, esto es ser poeta, esto es ser artista, esto es saber sorprender las bellezas de la naturaleza y trasladarlas á la tela y al papel con verdad, sí, pero al mismo tiempo con un sentimiento, con una poesía, con un vigor que no dará nunca la máquina fotográfica más perfeccionada, aun cuando andando los tiempos y merced á los progresos de la física y de la química, llegase á reproducir en el *cliché* los colores con la misma asombrosa exactitud con que ahora reproduce las líneas y el claro-oscuro de los cuerpos. Esta delicadeza en el modo de sentir, advertíase no solo en la elección y composición de sus obras, sino también en su desempeño, en el cual no perdonaba detalle alguno que pudiese conducir al mejor efecto de la pintura. Hasta en los trabajos más directamente y por más fiel manera tomados del natural, se advierte este deseo y este propósito conforme son de ello testimonios fehacientes las preciosas *Academias* que se conservan en esta casa, y en los que el garbo y galanura de la ejecución resultan algunas veces en perjuicio de la calidad del modelado. Para Fortuny, las dificultades de ejecución

no existían en modo alguno : su mano las vencía todas. Por ello acumuló bellezas de esta clase en *La Vicaria*, *La Modela*, *El Jardín de los poetas* y en sus cuadros menores ; gracias á esta peregrina habilidad llevó la acuarela á un grado de perfección admirable , sacando ya del modo de poner el color , ya del simple lavado , ora del empaste , ora de los blancos mismos del papel , efectos que causan asombro á los inteligentes y que son embeleso de las personas de buen gusto , aun cuando técnicamente no se hagan cargo de las extraordinarias dificultades vencidas por el artista como burlando. Nuestra benemérita Diputación Provincial que se honró á sí misma protegiendo á Fortuny en vida y honrándole luégo en muerte , posee la deliciosa acuarela *Il Contino* que hará verdaderas nuestras palabras , así como también es bella muestra de su privilegiado talento el cuadro al óleo *La Odalisca* , propio de la misma Corporación y el vasto lienzo *La batalla de Tetuan*, obra desigual , á medio hacer, concepción clara en el total y atropellada en no pocas partes, pero en la que á fragmentos se descubre brillantemente la potencia de su pincel , su tino en colocar y señalar las masas , el nervio de la ejecución y la fuerza y magia del colorido. Acto de patriotismo hizo la Diputación Provincial al adquirir este lienzo y así, séame permitido en este momento felicitarla por tal acuerdo en nombre de cuantos estiman — que son muchísimos por fortuna — que el proteger las artes y las letras trae frutos tan sazonados y muchas veces tan positivos como el fomento de la agricultura , de la industria y del comercio.

He indicado en párrafos anteriores que las aguas fuertes darían probablemente mayor popularidad á Fortuny que sus cuadros y acuarelas. Estas quedan encerradas en el fondo de aristocráticas camarines ó en el salón de opulento aficionado , siendo harto difícil poderlas examinar y contemplar con el detenimiento que en esta grata ocupación podrían emplear los artistas y los entendidos en Bellas Artes, si figurasen por fortuna en alguno de los museos públicos de Europa. No parece sino que Fortuny con sus obras haya querido hacer siempre lo que nuestros vecinos de allende el Pirineo llaman la *petite chapelle*. En vida no quiso que cuadro ni trabajo alguno suyo apareciese en las exposiciones públicas, tal vez porque en el fondo de su corazón tenía por muy cierto el *odi profanum vulgus* ; después de su muerte todas sus obras quedaron encerradas entre colgaduras y dorados , como en lugar misterioso y apartadas en consecuencia de las indiscretas miradas de la muchedumbre, más inclinada por

lo común á pagarse del oropel y de la ostentación que de las bellezas delicadas y no nada estrepitosas. Lo que no se logre obtener por medio de la pública exposición en los museos, lo llenarán en parte los grabados al *agua fuerte*, con los cuales toda persona medianamente conocedora del arte, comprenderá con que firmeza dibujaba Fortuny, como traducía con la punta las mayores delicadezas del modelado, y con que valentía acusaba los más atrevidos y más complicados efectos de claro-oscuro. Si Fortuny no hubiese pintado los cuadros que le han hecho célebre en el mundo artístico, serían poderosos á alcanzarle imperecedero renombre sus grabados al agua fuerte, como Rembrandt y como nuestro D. Francisco Goya y Lucientes lo alcanzaron también con las planchas que grabaron con singular habilidad y talento. En ambos maestros estudió nuestro paisano, sin copiar á ninguno de ellos ni imitarlo siquiera. Algo del humor acre é intencionado de Goya se nota en el grabado *La mujer que hace las cartas*, así como parece obra de la mano misma de Rembrandt el que en la colección Goupil se titula *La familia marroquí* y el llamado *La Victoria*, estudio del natural vigoroso, deliciosamente trazado, y en el que, lo propio que en todas las obras que produjo su ingenio artístico, cosechó los frutos de los continuados, pacientes y bien ordenados estudios que hizo en esta casa frecuentando asiduamente las clases de dibujo, disciplina que digan lo que quieran inteligencias mozas, siempre dá fructífero resultado cuando ayuda á la aplicación el talento ingénito del alumno. Una idea ejemplar para la mente parece haber dominado á Fortuny al componer y al dibujar las láminas *Árabe velando á un amigo muerto* y *Árabe muerto*. Hay impresa en ellas de un modo elocuente la solemnidad de la muerte: nótese en medio de rasgos decididamente realistas un sentido que aparta á la imaginación de las miserias terrenales para elevarla á más reposadas regiones. Sentado en el duro suelo, cruzadas las piernas á la manera oriental, plegadas las manos y humillada la cabeza, el árabe que vela á un amigo parece meditar las *suras* del Corán. « Liviana cosa son los placeres de la tierra; la vida futura es el bien verdadero para los que temen á Dios. Allá arriba no seréis engañados ni en una motita siquiera. Sea cual fuere el punto en donde os halléis os alcanzará la muerte: hasta vosotros llegará aun cuando subáis á las torres más elevadas. » Más aun se encuentra tal vez esta solemnidad terrible, este *memento homo* en el grabado *Árabe muerto*. Ni figura humana llega casi á verse en ella; los piés del rígido cadáver, que ocupa habitación pobrísima, asoman por debajo de una tosca pleita que tapa el resto del cuerpo. Luz vacilante alumbra la escena, y en esta luz estriba principalmente el secreto de la impresión que este grabado produce. Es

no existían en modo alguno : su mano las vencía todas. Por ello acumuló bellezas de esta clase en *La Vicaria*, *La Modela*, *El Jardín de los poetas* y en sus cuadros menores ; gracias á esta peregrina habilidad llevó la acuarela á un grado de perfección admirable , sacando ya del modo de poner el color , ya del simple lavado , ora del empaste , ora de los blancos mismos del papel , efectos que causan asombro á los inteligentes y que son embeleso de las personas de buen gusto , aun cuando técnicamente no se hagan cargo de las extraordinarias dificultades vencidas por el artista como burlando. Nuestra benemérita Diputación Provincial que se honró á sí misma protegiendo á Fortuny en vida y honrándole luego en muerte , posee la deliciosa acuarela *Il Contino* que hará verdaderas nuestras palabras , así como también es bella muestra de su privilegiado talento el cuadro al óleo *La Odalisca* , propio de la misma Corporación y el vasto lienzo *La batalla de Tetuan*, obra desigual , á medio hacer, concepción clara en el total y atropellada en no pocas partes, pero en la que á fragmentos se descubre brillantemente la potencia de su pincel , su tino en colocar y señalar las masas , el nervio de la ejecución y la fuerza y magia del colorido. Acto de patriotismo hizo la Diputación Provincial al adquirir este lienzo y así, séame permitido en este momento felicitarla por tal acuerdo en nombre de cuantos estiman — que son muchísimos por fortuna — que el proteger las artes y las letras trae frutos tan sazonados y muchas veces tan positivos como el fomento de la agricultura , de la industria y del comercio.

He indicado en párrafos anteriores que las aguas fuertes darían probablemente mayor popularidad á Fortuny que sus cuadros y acuarelas. Estas quedan encerradas en el fondo de aristocráticas camarines ó en el salón de opulento aficionado , siendo harto difícil poderlas examinar y contemplar con el detenimiento que en esta grata ocupación podrían emplear los artistas y los entendidos en Bellas Artes , si figurasen por fortuna en alguno de los museos públicos de Europa. No parece sino que Fortuny con sus obras haya querido hacer siempre lo que nuestros vecinos de allende el Pirineo llaman la *petite chapelle*. En vida no quiso que cuadro ni trabajo alguno suyo apareciese en las exposiciones públicas, tal vez porque en el fondo de su corazón tenía por muy cierto el *odi profanum vulgus* ; después de su muerte todas sus obras quedaron encerradas entre colgaduras y dorados , como en lugar misterioso y apartadas en consecuencia de las indiscretas miradas de la muchedumbre, más inclinada por

lo común á pagarse del oropel y de la ostentación que de las bellezas delicadas y no nada estrepitosas. Lo que no se logre obtener por medio de la pública exposición en los museos, lo llenarán en parte los grabados al *agua fuerte*, con los cuales toda persona medianamente conocedora del arte, comprenderá con que firmeza dibujaba Fortuny, como traducía con la punta las mayores delicadezas del modelado, y con que valentía acusaba los más atrevidos y más complicados efectos de claro-oscuro. Si Fortuny no hubiese pintado los cuadros que le han hecho célebre en el mundo artístico, serían poderosos á alcanzarle imperecedero renombre sus grabados al agua fuerte, como Rembrandt y como nuestro D. Francisco Goya y Lucientes lo alcanzaron también con las planchas que grabaron con singular habilidad y talento. En ambos maestros estudió nuestro paisano, sin copiar á ninguno de ellos ni imitarlo siquiera. Algo del humor acre é intencionado de Goya se nota en el grabado *La mujer que hace las cartas*, así como parece obra de la mano misma de Rembrandt el que en la colección Goupil se titula *La familia marroquí* y el llamado *La Victoria*, estudio del natural vigoroso, deliciosamente trazado, y en el que, lo propio que en todas las obras que produjo su ingenio artístico, cosechó los frutos de los continuados, pacientes y bien ordenados estudios que hizo en esta casa frecuentando asiduamente las clases de dibujo, disciplina que digan lo que quieran inteligencias mozas, siempre dá fructífero resultado cuando ayuda á la aplicación el talento ingénito del alumno. Una idea ejemplar para la mente parece haber dominado á Fortuny al componer y al dibujar las láminas *Árabe velando á un amigo muerto* y *Árabe muerto*. Hay impresa en ellas de un modo elocuente la solemnidad de la muerte: nótese en medio de rasgos decididamente realistas un sentido que aparta á la imaginación de las miserias terrenales para elevarla á más reposadas regiones. Sentado en el duro suelo, cruzadas las piernas á la manera oriental, plegadas las manos y humillada la cabeza, el árabe que vela á un amigo parece meditar las *suras* del Corán. « Liviana cosa son los placeres de la tierra; la vida futura es el bien verdadero para los que temen á Dios. Allá arriba no seréis engañados ni en una motita siquiera. Sea cual fuere el punto en donde os halléis os alcanzará la muerte: hasta vosotros llegará aun cuando subáis á las torres más elevadas. » Más aun se encuentra tal vez esta solemnidad terrible, este *memento homo* en el grabado *Árabe muerto*. Ni figura humana llega casi á verse en ella; los piés del rígido cadáver, que ocupa habitación pobrísima, asoman por debajo de una tosca pleita que tapa el resto del cuerpo. Luz vacilante alumbra la escena, y en esta luz estriba principalmente el secreto de la impresión que este grabado produce. Es

un efecto á lo Rembrandt, un juego atrevidísimo de claro-oscuro que no hubiera podido intentar siquiera quien no tuviese las fuerzas que Mariano Fortuny poseía para acometer grandes empresas y salir vencedor en ellas.

Después de lo que llevo dicho y para no alargar demasiado estos apuntes, que desearía no se hiciesen fatigosos al auditorio que benévolamente me está escuchando, réstame plantear algunas preguntas y dar á ellas la solución que mi inteligencia me dictare, para dar por concluido este trabajo dedicado á la memoria de uno de los más ilustres artistas españoles contemporáneos. Después que Fortuny hubo obtenido los triunfos que le proporcionaron *La Vicaria*, *La Modela*, *El jardín de los poetas*, *El Ayuntamiento viejo* y otras obras que pintó por los años 1870, 1871, 1872 y 1873, su personalidad artística ¿ quedó fijada definitivamente? ¿ Había llegado nuestro paisano al punto mayor á que alcanza un ingenio de artista en el corto período de una vida poco prolongada? ¿ Hallábase él contento? ¿ Satisfacía su afán por la realización de la belleza el género de pintura que le dió renombre y que como hemos dicho y debemos repetir le impuso en no pequeña parte el gusto y las mismas condiciones sociales de su época? Algo hallaremos en su correspondencia que dará satisfacción cumplida á estas preguntas.

En 4 de abril de 1874 escribía desde Roma á su cariñoso amigo el baron Davillier estas memorables palabras: « Sigo trabajando, pero en verdad que empiezo á sentirme fatigado moralmente del género de arte y de los cuadros que el éxito me ha impuesto y que — entre nosotros sea dicho — no son por cierto la expresión verdadera de mi clase de talento. Con la ayuda de Dios y con la esperanza de que me será favorable el resultado de mis últimos cuadros, me propongo descansar un poco... » A cuyas palabras añadía las frases que al principiar de este escrito hemos copiado, entresacándolas asimismo de otra carta al citado benemérito arqueólogo francés, y muy particularmente las que vamos á copiar de la que envió desde Pórtici, con fecha 5 de agosto de 1874, á otro su amigo y paisano nuestro D. Antonio Sisteré: « Como veo que te interesas por mis adelantos, — le dice, — te confesaré que los hago y que nunca había deseado tanto como ahora producir algo bueno. Cosas buenas había en mis últimos cuadros, pero como estaban destinados á la venta no llevaban el sello completo de mi individualidad, — pequeña ó grande, — obligado como me hallaba á transigir con el gusto del día. Mas ahora,

héteme ya á caballo y quiero pintar para mí, á gusto mío, todo cuanto me plazca, lo cual me hace abrigar la esperanza de que progrese y pueda mostrarme con mi fisonomía propia.»

«Era su idea fija, conforme lo prueban sus cartas, — escribe el referido baron Davillier (1), — ponerse á cubierto de las necesidades de la vida y crearse una situación independiente que le permitiese pintar como quería hacerlo y entendía que debía hacerse — *como me dé la santísima gana*, me decía; — deseaba seguir únicamente su inspiración, sin preocuparse del género que estuviese á la moda, ni de los gustos de aficionados y mercaderes.» «Tenía verdadera pasión — continúa — por el siglo xv, del cual comprendía muy bien todas las bellezas. Proponíase tratar más adelante asuntos de este hermoso período, que conocía á fondo y cuyas costumbres y más pequeños pormenores le eran familiares, y me había hablado de una *Cena de los Borgias* y de otros temas sacados de los años del renacimiento italiano.»

A Fortuny, pues, no le dejaban satisfecho los cuadros al óleo y acuarelas que su pincel había producido y que más ruidoso aplauso habían alcanzado; deseaba más, soñaba en llegar á un ideal que tenía en su mente, condición propia de los ingenios superiores. Quería sobre todo huír de la especie de tiranía que ejercía sobre su inteligencia la sociedad contemporánea, imponiéndole sus gustos, quería pintar según su gráfica frase, *como le diera la santísima gana*. ¿Eran principio de esta nueva era los cuadros *La villegiatura*, *La Carnecería* y *Los niños en un salón japonés*, últimas obras de su portentoso talento? Aquel afán por indicar las masas, el ansia porque sus pinturas fuesen espontáneas, el temor de caer en procedimientos que por ningún concepto trascendieran á convencionalismo, aquella ejecución en esbozo, vaga en muchas partes, precisa hasta la miniatura en otros, el color brillante, caliente en grado superlativo que quería sacar de su paleta, como si no hubiese ya alcanzado este mérito de una manera culminante en anteriores producciones suyas, aquella suerte de indecisión, en una palabra, que se advierte en los cuadros que he citado últimamente, ¿era preparación, era camino para que más adelante su genio de artista, dueño ya de todas las dificultades de la ejecución, maestro en el arte de interpretar la naturaleza pudiera realizar concepciones grandiosas por el pensamiento y eficazmente ejemplares por la idea moral ó social que contuvieran? Solo la Providencia en sus inexcrutables de-

(1) Fortuny, sa vie, son euvre, sa correspondance.

signios sabe lo que hubiera sido del malogrado pintor catalán; solo Dios puede saber si *La Vicaria* hubiera sido su *Quijote*, y el *Persiles y Segismunda* los últimos engendros de su potente ingenio; ó si por lo contrario aquella graciosa y chispeante pintura no habría sido más que ligero madrigal para quien en la madurez de su existencia hubiese podido atreverse á las alturas de la oda pindárica.

Aspiraba Fortuny, como he dicho, á más elevados triunfos; sentía en su corazón la especie de melancolía que revelan sus cartas. ¿Era quizás esta melancolía la lucha que se entabla muchas veces en el alma de los grandes ingenios al comparar la extensión de sus aspiraciones con los mezquinos medios que para traducirlas posee el artista dotado de más portentosas facultades? ¿Era acaso inquietud de espíritu, vacilación, duda quizás que no le permitía fijar claramente como término de su carrera artística un objetivo, merced al cual le fuese posible emplear los asombrosos tesoros de su ingenio en una propaganda bienhechora en consonancia con la época, más no transigiendo con sus errores, dirigiendo la inteligencia y el corazón de sus contemporáneos como lo han hecho los grandes maestros del arte, no fomentando la frivolidad con asuntos de nonada y halagando los sentidos por medio de armonías de color embelesadoras, pero sin consistencia en el fondo, sin un pensamiento que las engrandeciera y sublimara? Mucho debía dolerle á quien dominaba la ciencia de la composición, á quien dibujaba magistralmente, á quien no conocía apenas estorbos en el manejo del pincel, mucho debía dolerle que ninguno de sus cuadros al óleo, ninguna de sus acuarelas, ninguno de sus grabados y dibujos—con excepción del *Arabe velando á un amigo muerto* y de la pareja de éste—no contuviera una idea ejemplar, un concepto grandioso, una escena y personajes que por su intención profunda ó por su grandeza pudieran ejercer influencia duradera en cuantos los contemplasen. Porque es lo cierto que en todas las obras de Fortuny no se ven más que conceptos anecdóticos, asuntos de escaso valer, apuntes y estudios más á propósito para cautivar las aficiones de los iniciados en los secretos del taller que para ganar las voluntades de la generalidad, como lo hace el Arte en sus más subidas concepciones. Es verdad también que la falta de vigor, de novedad y de intención en los temas venían sobradamente compensados con los primores de una ejecución admirable, bajo cuyo punto de vista adquirió nuestro ilustre paisano una personalidad propia, que no le disputará artista alguno de nuestro siglo, y que le coloca en el número de los más conspicuos entre los que mayor renombre han alcanzado modernamente en las principales naciones de Europa.

Lo he dicho anteriormente y me complazco en afirmarlo de nuevo. Para Fortuny no había dificultad alguna en la ejecución pictórica. Su pincel, como guiado por fuerza sobrenatural, se apoderaba de las formas de los cuerpos y con magia y vida sorprendentes las trasladaba al papel en la acuarela y al lienzo en la pintura al óleo. Dueño de una escala cromática en la que se contaban todas las tintas y tonos del arco iris con sus más delicados matices reproducía en sus obras todos los primores y perfiles de la naturaleza, la morbidez del cutis más delicado, la fineza de los pétalos en las flores, la rica colocación de las plantas del Oriente y del Occidente, los cambiantes del raso y del terciopelo de Génova, las magnificencias de los tapices orientales, el sol brillante de las comarcas del mediodía, la luz, el agua, el aire, cielo y tierra, todo cuanto se señalaba por la belleza de las líneas y por la elegancia del colorido. Por esto el pintor francés Regnault, dotado también de superior ingenio, hubo de exclamar dirigiéndose á un amigo, después de haber visto las pinturas de Fortuny: « Este es nuestro maestro. » « Fortuny, tú no me dejarás dormir. » « No puedo sufrir ya lo que he hecho y voy á rasgar mis acuarelas. De aquel modo se hacen, ¡ qué color ! ¡ qué encanto ! ¡ qué dibujo ! ¡ Viva España ! ¡ Viva el Oriente ! ¡ Viva Fortuny ! »

Otros pintores coetáneos suyos sintieron por sus obras admiración idéntica: Meissonnier entre ellos. Por esto tuvo gran número de imitadores, unos que le copiaron ciegamente, otros dotados de verdadero talento artístico que fueron discípulos suyos y aprendieron del maestro cuanto juzgaron conveniente al carácter peculiar de su ingenio. No citaré nombres propios en este instante porque la enumeración y las comparaciones me obligarían á alargar demasiado estos apuntes, más de seguro que se vendrán á las mientes de cuantos se hallen bien enterados de la marcha y de las vicisitudes del arte contemporáneo, y en particular de los que conozcan menudamente á los pintores italianos de mayor y más justo renombre en nuestros días. Como acontece siempre, los que sin fuerzas bastantes para ello se atrevían á seguir sus derroteros, no hicieron otra cosa más que poner en caricatura su estilo, exagerando el color, exagerando la acentuación del dibujo, exagerando aquel arte según el cual Fortuny sacrificaba en no pocas ocasiones las bellezas de una línea bien precisada y de un dintorno bien modelado al mágico efecto de una mancha bien sentida. Fortuny que siguió la corriente naturalista de su tiempo no se dejó vencer nunca por el realismo desaharrapado y grosero. Puso en todo un sello de distinción exquisita, y bien puede afirmarse que al impulso de su lápiz ó de su pincel los asuntos más vulgares, los temas más triviales se trans-

figuraban y se hacían simpáticos á todos los gustos y á todas las inteligencias. Bajo este punto de vista sus obras ejercieron benéfica influencia contribuyendo tal vez mucho más de lo que á primera vista parece á encausar las inclinaciones de los artistas noveles, dirigiéndoles hacia un arte aristocrático, hacia el arte propio de los salones y camarines en el siglo XIX.

Pintor de salón fué Mariano Fortuny sin duda alguna. A la distinción propia de su natural talento se unieron sus aficiones, ó si se quiere sus caprichos, para acrecentarla, mejorarla y aquilatarla. Fortuny era admirador entusiasta de todo cuanto presentaba algún motivo de belleza y por ese afán rebuscó en los rincones de las prenderías, en los desvanes de los palacios y casas señoriales, en las iglesias y conventos, en las ciudades y en las aldeas, los objetos suntuarios de pasadas centurias, armas deliciosamente cinceladas, jarrones arábigos de rico decorado, tapices con imaginería de los siglos XV y XVI, primorosos bordados, cristales de Venecia, muebles tallados con singular pericia, estofas antiguas, etc., etc., con lo cual engalanó y enriqueció su taller convirtiéndolo en riquísimo museo é impulsando una afición que tomó después grandísimo vuelo extendiéndose por las primeras capitales y ciudades de Europa. Quien sabía apreciar todas las indicadas bellezas, quien sentía por tan delicada manera la elegancia de los objetos suntuarios de los más variados y opuestos estilos, era lógico, que imprimiera un sello igual de elegancia y de distinción en todas las producciones de su ingenio, y que por lo tanto resultasen estas apropiadas para autorizar un salón ó camarín alhajados y decorados con la más aristocrática magnificencia. Cuadros preciosos de salón son y serán en efecto las mejores acuarelas de Fortuny y principalmente sus tres obras de mayor aliento *La Vicaria*, *La Modela* y *El Jardín de los poetas*, que no han de temer por cierto la vecindad de los espejos con marcos espléndidamente dorados y esculpidos, ni la comparación con los rasos, terciopelos y telas adamescadas de más luminosos colores, ni la proximidad siquiera de los paños y porcelanas de la China, del Japon y de otros imperios del Oriente. En reducido espacio viven hoy, conforme lo he indicado al principio de este opúsculo, todas las familias de mediana fortuna; reducidas son asimismo las casas que hoy se fabrican con aires de palacio y para sus pequeños aposentos y gabinetes pintó Fortuny los lindísimos cuadros que hemos mencionado, como tal vez en los siglos XVII y XVIII hubiera pintado en extensos paramentos

ó en colosales lienzos, con figuras de tamaño natural, asuntos sacados de la historia y de la mitología. Y he aquí como los cambios en la vida social y moral de los pueblos influyen directamente en las obras del arte, achicándolas ó agrandándolas, en concepto y en tamaño, según la mayor ó menor elevación de aspiraciones y de sentimientos de las épocas en que aparecieron. De la suya será Fortuny gloria legítima, pintor ilustre en la brillante pléyade de artistas que han dado fama imperecedera al arte peculiar del siglo decimonono, y honra de su patria que colocará su nombre, ceñido de laurel, junto al de los más egregios pintores españoles de los pasados y de los presentes tiempos.

El Iltre. Sr. D. Hermenegildo Monfredi, que presidia la comisión de la Diputación provincial, dijo luego algunas oportunas frases encaminadas á elogiar el objeto de la sesión y los resultados que el Excelentísimo Cuerpo provincial, y el Excelentísimo Ayuntamiento de Barcelona habían obtenido, por medio del apoyo que conceden á los estudios de Bellas Artes y que se complacerán en seguir dispensándoles en lo sucesivo; concluyendo por poner en manos del presidente de la Academia, señor marqués de Ciutadilla, un ejemplar de la medalla en bronce dedicada á Fortuny, que había destinado á la citada Corporación la Excm. Diputación de la provincia.

Posteriormente procedióse al reparto de las medallas ganadas por los alumnos de las Escuelas de Bellas Artes, en el curso próximo pasado.

Cerró el acto el Excmo. Sr. marqués de Ciutadilla, dirigiendo á la numerosa y distinguida concurrencia que llenaba el salón, que aplaudió los discursos que se pronunciaron y los trabajos que se leyeron, las siguientes palabras:

«La Academia agradece en lo mucho que valen las benévolas frases que ha tenido la bondad de dirigirle el digno representante de la Di-

putación Provincial; y acepta con reconocimiento la medalla dedicada á Fortuny , que en nombre de la mencionada corporación se digna ofrecerle , y que conservará como un recuerdo del inspirado artista , y como una nueva prueba de consideración añadida á las muchas que ha merecido de la actual Diputación que tanto interés ha demostrado por todo lo que se refiere á la enseñanza de las Bellas Artes.

Doy igualmente las gracias á las Autoridades, á los representantes de las Corporaciones , y á todas las personas que con su presencia han dado mayor realce á esta solemnidad , dando una muestra de consideración á la Academia y tributando un justo homenaje de admiración á la memoria del inspirado artista á quien se dedicaba , comprendiendo sin duda que los pueblos se honran á sí mismos , honrando á sus hijos más preclaros.

Gracias , señores, por vuestra bondad que mucho os agradece la Academia de Bellas Artes que tengo la honra de presidir. »

EXCLÒS DEL PRÉSTEC



Universitat Autònoma de Barcelona

Servei de Biblioteques

Biblioteca d'Humanitats

RES/1585

NOTA

DE LOS PREMIOS OBTENIDOS POR LOS ALUMNOS DE LAS ESCUELAS

Han obtenido menciones honoríficas, con opción á premio, desde el curso de 1876-77 al de 1881-82: 425 alumnos en las Enseñanzas de Dibujo general artístico y de aplicación al Arte y á la Industria, y 191 en las Enseñanzas superiores de Pintura, Escultura y Grabado; y por OPOSICIONES AL PREMIO DE MEDALLA.

CURSO DE 1876 Á 1877

D. Erasmo Pascual y Mata.. . . .	Dibujo lineal. — 1. ^{er} curso.	Medalla de plata.
D. Antonio Vila y Palmés.. . . .	Dibujo lineal. — 2. ^o curso.	Id.

CURSO DE 1877 Á 1878

D. Simon Arater y Palau.. . . .	Dibujo lineal. — 1. ^{er} curso.	Id.
D. Erasmo Pascual y Mata.. . . .	Dibujo lineal. — 2. ^o curso.	Id.
D. Dionisio Baixeras y Verdaguer.	Perspectiva.. . . .	Id.
El mismo.. . . .	Anatomía pictórica.. . . .	Id.
El mismo.. . . .	Teoría é Historia de las Bellas Artes.. . . .	Id.

CURSO DE 1880 Á 1881

D. Federico Trias y Giró.. . . .	Pintura decorativa.. . . .	Id.
D. Federico Cajal y Pueyo.. . . .	Teoría estética é Historia de las Bellas Artes.. . .	Id.

RES/
1585